

CARA Y CRUZ EN LA
POESIA DE VICENTE ALEIXANDRE

POR

LUIS LANDINEZ

EL POETA Y LOS POETAS (1898-1949)

Cuando tratamos de enjuiciar o, si queréis quitar a esta actitud su resabio tribunalicio, de situar y valorar la poesía de Vicente Aleixandre, no podemos perder de vista el hecho capital de que su época, este medio siglo que va del 98 a nuestro hoy, es un momento de absoluto esplendor en la poesía española. No se ha dado, desde los días de Lope y Góngora y Quevedo, un surgir tan pleno y tan vario de nombres, de voces. Machado y Juan Ramón, indiscutiblemente en cabeza; Unamuno; el otro Machado; Pérez de Ayala, demasiado olvidado en este aspecto suyo; luego, los «poetas profesores»: Salinas, Guillén, Gerardo Diego y Dámaso Alonso; León Felipe; la gran pareja Lorca-Alberti, únicamente comparable a la otra, a la primera; Aleixandre y Cernuda; Miguel Hernández... Y al lado, los menores, tan interesantes y tan nuestros, muchas veces.

El lector de poesía—si es que existe esa especie en nuestro país, aparte los que hacen o hacemos versos—tiene bien donde escoger y a quien rendirse.

Ahora bien, una serie de circunstancias ha impuesto, en los ya penúltimos años, una parcialidad, casi exclusividad, en cierta juventud sobre todo, del lado de Vicente Aleixandre. Los poetas jóvenes, los que empezaban, le han abrumado de homenajes e imitaciones. ¿Justificaba todo esto el valor absoluto de su poesía? ¿Tratábase de capricho, de moda, o respondía a razón profunda de «afinidades electivas»? ¿O era, simplemente, ignorancia, desconocimiento supino de algo, y aun algos, no por próximos, menos inaccesibles y extraños? Esos derretimientos, esas delicuescencias juveniles ¿han podido elevar a un rango de «primus inter pares» a quien era tan sólo par, y no de los primeros?

Intentemos fijar, con más pasión por la poesía que por éste o el otro nombre, y con toda la lucidez posible, desde luego, un perfil y un acento.

SURREALISMO. LA AVENTURA Y EL ORDEN

Acaso el mérito mayor del libro, excelente, de Guillermo de Torre, está en su mismo título: «La Aventura y el Orden». Sí; el arte y aun la vida humana en total, oscilan como un péndulo entre estas dos constantes fatales. Cuando las formas se acartonan, un impulso de libertad las sacude y las rompe. Cuando esa libertad atomiza, e irresponsabiliza, volvemos a pedir la norma. Una norma que no podrá ser ya la anterior, la que por su estrechez se había roto.

Cuidado, sin embargo, con estas sintetizaciones históricas, a las que es tan aficionado nuestro tiempo; ese meter la vida entera entre dos carriles: lo clásico y lo barroco; lo dionisiaco y lo apolíneo; etc.... Y aunque esto nos resulte cómodo y necesario para entendernos, no olvidemos que hay mucho más en el cielo y en la tierra de lo que ha soñado y puede soñar nuestra filosofía).

En la poesía española, concretamente, contra el neoclasicismo, los románticos; contra lo que los manuales de literatura, al menos los antiguos, llamaban *realismo* (que no eran más que malos románticos rezagados: Campoamor y Núñez de Arce, a la cabeza), el modernismo; contra todo el pasado, esa serie de movimientos, localizables entre las dos guerras mundiales, que, con nombres y aun tendencias muy diferentes (ismos), podemos englobar—arbitrariamente, lo sé—bajo el epígrafe de surrealismo. (Utilizo la palabra *surrealismo* prefiriéndola a *super* o *suprarrealismo*, por razón simplemente fonética: suena mejor).

En último término: ¿qué pretendían los surrealistas? Pretendían expresar lo más hondo, lo insobornable y último de su intimidad de individuos. Rompiendo con la métrica más o menos tradicional, se han expresado preferentemente en versos sueltos, versículos. Lo cual ni es excesivamente nuevo (*nihil novum*: así en la Biblia; así, mucho más próximo a nosotros, el gran Walt Whitman), ni excesivamente importante, salvo para los oídos apegados a musiquillas cosquilleras. Querían, antes que nada, prescindir de la razón, de la lógica cotidiana que, en su sentir, desvirtuaba la autenticidad del mensaje poético. Naturalmente, una cosa es la lógica que pudiéramos llamar de contable, y aun la lógica matemática, y otra la lógica poética. Y en algunos de sus aspectos: *Creacionismo* (Huidobro, Diego), predominio, autonomía de la imagen, con preferencia por las inesperadas y distantes.

Todo esto está muy bien aunque, como decía Unamuno, la poesía, más que de escuelas y preceptos, sea cosa de posceptos, de resultados.

Ha dado el surrealismo grandes poetas; o mejor, ha habido y hay grandes poetas que han nacido o llenado alguna etapa de su obra en surrealistas. Sin salirnos del ámbito de España, la España del otro lado del Atlántico y Francia, de donde ha surgido y en último término hay que referir éste, como casi todos los movimientos literarios recientes, basta citar a Apollinaire, al inmenso Pablo Neruda, a Alberti, a Lorca, a Luis Cernuda, a Aragón, a

Paul Eluard. Y a Vicente Aleixandre, en nombre del cual venimos haciendo todas estas consideraciones. Y un montón, como siempre, de malos poetas que no cuentan.

Ahora bien, lo mismo que hoy no somos ni podemos ser ya románticos, ni simbolistas, ni modernistas, aunque llevemos dentro, filtrado, todo lo bueno y grande que del romanticismo, simbolismo, etc..., nos ha sido transmitido en herencia, tampoco hoy, si somos auténticos, podemos ser ya surrealistas.

Y es evidente y aleccionador cómo estos mismos poetas citados: Aragón, Alberti, Cernuda, el propio Aleixandre, etc... y con ellos Guillermo de Torre, máximo tratadista español y prosélito del movimiento (V. su «Literaturas Europeas de Vanguardia») han quemado esta etapa, han evolucionado, se han superado. Y conservando lo que vale la pena conservar, lo que sonaba a auténtico y de buena ley, han tirado por la borda «deshumanizaciones» y frivolidades que, entre una inmensa baraunda, no pasaban de juego—juego de niños grandes, de *enfants terribles*, con la mira puesta a epatar a los buenos burgueses, sus padres.

SUBCONSCIENTE Y RETORICA

El enemigo—lo sabemos desde Verlaine, y los buenos poetas lo saben desde siempre—es la retórica, la mala retórica. Lo que viste y no desnuda, lo que falsifica, lo que embrolla. Y retórica la ha habido clásica y neoclásica, romántica, modernista. Y la hay surrealista también.

El subconsciente es respetable: todos lo llevamos, lo padecemos y hasta lo utilizamos, si conviene. Pero hacer toda una retórica mala, a base de incoherencias subconscientes es, prácticamente, tan perverso como hacerla a base de ruinas, de alcohol fin de siglo o de otro tópico cualquiera.

Lo que nos interesa es la autenticidad y belleza de la poesía, la actitud humana del poeta; su sinceridad y su hondura.

Por otra parte, es evidente—y lamento tener que coincidir, en

esto, con D. Eugenio d'Ors—que la aspiración de nuestra poesía, en el presente es, debe ser un nuevo clasicismo. Clasicismo en el sentido de equilibrio, de serenidad, de medida. La carga bruta de los instintos, más o menos reprimidos—léase subconsciente—logra su máxima eficacia y alcance al pasar por el control de la razón ordenadora. Tanto peor para quienes conciben la razón como una especie de autoclave esterilizador.

LINEA Y EVOLUCION: «AMBITO», «ESPADAS COMO LABIOS»
«LA DESTRUCCION O EL AMOR»

Y sentadas estas premisas o consideraciones generales—que explican bien nuestro punto de vista—, pasemos a seguir, históricamente, el hilo de la evolución poética de Vicente Aleixandre.

El primer libro de Aleixandre: «Ambito», compuesto en 1925-27, se publicó en el 28. Ya se sabe lo que es, casi sin excepción, el primer libro de un poeta, sobre todo cuando el poeta ha de publicar varios, cuando no tiende a ser, como Whitman o Baudelaire, poeta de un solo libro. Tanteo, búsqueda de sí mismo, ecos de muchas voces, de los que ha de irse liberando para encontrar su propia voz. En «Ambito» se oye a Jorge Guillén y un poco a Salinas, con Juan Ramón presente, al fondo. Y alguna pirueta, levemente ultraista, como en este poema: «Retrato—José Luis patina». Aciertos de expresión: («El mar bituminoso aplasta sombras—contra sí mismo...»), en «Mar y noche»; o en «Agosto», con su gravedad de romance:

...Cuajante la forma impura
sin compasión, bajo el cielo
y en la abierta sombra mate,
tu sangre erguida, latiendo.

Nada esencial, por lo demás. Hay que llegar a «Espadas como Labios» (1932) para encontrar lo que es y ha de ser el poeta Vicente Aleixandre.

«Espadas como Labios». Estamos en pleno surrealismo. El mismo título del libro es una imagen surrealista que necesita explicación. Espadas (lo que da la muerte; símbolo, por tanto, de muerte) igual a labios (ministros, colaboradores fisiológicos del amor; símbolo de amor). Esto es, invirtiendo la ecuación, con arreglo a la lógica normal, y no surrealista: Amor=Muerte.

No es, desde luego, una *boutade*, una salida irresponsable, sino la clave mismo de la metafísica—de la meterótica, mejor—de Alexandre. Se repetirá en su próximo libro: «La Destrucción o el Amor».

Concepción pesimista; legítima, naturalmente, si es, como en este caso, auténtica; aunque nada nueva puesto que es—valga la paradoja—la clásica sentimentalidad romántica:

Fratelli, a un tempo stesso, Amore e Morte,
ingeneró la sorte,

que cantaba Leopardi.

El amor como muerte; el amor como destrucción. En último fondo, Dionisos. Pero un Dionisos triste, empapado de la esencialidad cristiana de que la vida es un tránsito amargo, de que no existe paraíso sobre la tierra.

Por lo demás, repito, «Espadas como Labios» es un libro típicamente surrealista: un puro balbucir inconexo. Faltan puntos y comas, según la más pura ortodoxia del grupo y del momento. Abunda en buenos versos versos aislados, por ejemplo:

Oh esa luz sin espinas que acaricia
la postrer ignorancia que es la muerte.

Y abunda la retórica, en este caso nerudiana, y mala, no por ser nerudiana sino por ser retórica:

Combatido por la más pura batalla de las uñas
entre un remolino de pelos que me quieren alzar hasta un
[ojo divino

no busco cielos ni turquesas ni esa rotundidad inviolable
contra la que no puede el alto grito...

Llegamos a «La Destrucción o el Amor»—Premio Nacional de
Literatura del año 1934.

A quien ante todo interese la autenticidad de la vida, la direc-
ta y aguda intuición de las cosas y de sí mismo, ha de sonar irre-
mediablemente a falso—a estampas vistas en un libro—esto:

El tigre, el león cazador, el elefante que en sus colmillos
[lleva algún suave collar,
la cobra que se parece al amor más ardiente,
el águila que acaricia la roca como los sesos duros,
el pequeño escorpión que con sus pinzas sólo aspira a
[oprimir un instante al mundo,
la menguada presencia de un cuerpo de hombre que
[jamás podrá ser confundida con una selva,
ese piso feliz por el que viborillas perspicaces hacen su
[nido en la axila del musgo,
mientras la pulcra coccinela
se evade de una hoja de magnolia sedosa...

Etcétera, etcétera, etcétera. Espléndida retórica, si queréis, pe-
ro retórica. Es decir: hueco, no vivido.

Pero Alexandre es un poeta, un gran poeta. Y así nos encontra-
mos enseguida con algún poema «de verdad». Tal, «Unidad en Ella»:

Cuerpo feliz que fluye entre mis manos,
rostro amado donde contemplo el mundo,
donde graciosos pájaros se copian fugitivos,
volando a la región donde nada se olvida.

.....
Quiero amor o la muerte, quiero morir del todo
quiero ser tú, tu sangre, esa lava rugiente,
que regando, encerrada, bellos miembros extremos
siente así los hermosos límites de la vida.

Todo, hasta la retórica, puede explicarse y aun justificarse. Pero hay un instinto que capta, que distingue casi infaliblemente, como el metal por el sonido, lo que ha sido fundido, hecho sangre—lo que según Rilke nos dijo, es experiencia—de lo que es mera ilustración o jugueteo.

(Y aquí, entre paréntesis: No nos interesa un análisis literario, estilístico; lo que interesa es la actitud humana y el coeficiente de hermosura lograda; lograda, claro es, a costa de la propia sangre).

INTERLUDIO: «PASION DE LA TIERRA»

Acaso la mayor preocupación, casi obsesión, de Vicente Aleixandre frente a su creación poética, es la de ser un poeta humano, elemental, «para todos».

Son sus propias palabras:

«Unos poetas son poetas de minoría. Son artistas (no importa el tamaño) que se dirigen al hombre, atendiendo, cuando se caracterizan, a exquisitos temas estrictos, a refinadas parcialidades (¡qué delicados y profundos poemas hizo Mallarmé a los abanicos!), a decantadas esencias del individuo expresivo de nuestra minuciosa civilización.

Otros poetas (tampoco importa el tamaño) se dirigen a lo permanente del hombre. No a lo que refinadamente diferencia, sino a lo que esencialmente une. Y si le ven en medio de su coetánea civilización, sienten su puro desnudo irradiar inmutable bajo sus vestidos cansados. El amor, la tristeza, el odio y la muerte, son invariables. Estos poetas son poetas radicales y hablan a lo primario, a lo esencial humano. No pueden sentirse poetas de minorías. Entre ellos me cuento».

Y el mismo Aleixandre, entre veras y bromas, ha dicho alguna vez que su ideal sería que le entendiesen las porteras.

Pero no basta con querer. El llegar un poeta a tales o cuales sectores de público o, si lo preferís, a tantos o cuantos corazones, depende de muchos factores, entre los que juega su gran golpe de

dados, el azar. Pero ante todo, la actitud vital del poeta, su posición frente a la vida. Homero o Lope o Lorca son populares porque se sentían pueblo. Góngora, aparte otros valores, jamás podrá serlo, porque era un señorito. (Simplificando, claro: ya sabemos que hay un Góngora popular y un Lope, por ejemplo, que no lo es). Y entendiendo lo de «señorito», por el momento, sin ningún matiz peyorativo: únicamente según su alejamiento o fusión institutiva con los demás, incluídas las porteras, que también tienen madre.

Y Vicente Aleixandre es típico en su actitud de alejamiento, de —la expresión está gastada, pero aquí viene a la medida— de torre de marfil.

«Pasión de la Tierra» es un libro de poemas en prosa. Dudo que nadie haya leído íntegramente sus no excesivas páginas. Crítico tan inteligente, tan concienzudo y bien dispuesto hacia el surrealismo y hacia Aleixandre como Ricardo Gullón, nos confiesa que muchas cosas en este libro se le escapan.

He aquí, por ejemplo, uno de estos poemas en prosa, el titulado: «Víspera de mí»:

«Una dulce pasión de agua de muerte no me engaña. No me jures que el mar está lejos, que todas las «cabrillas» de estaño y los boquetes de tierra que se abren entre los dedos servirán para ocultar tu sonrisa. No puedo admitir el engaño. Ocultándome de las formas y aves, de la blancura de un futuro premioso, puedo extender mi brazo hasta tocar la delicia. Pero si te ríes, si te incautas de la brevedad que no falla, no me sentiré bastante fuerte... Fracasaré como una cintura que se dobla».

Y más adelante:

Si me vuelvo loco, que me encierren. Que me permitan soñar con las nubes. Con la firmeza de mi voluntad yo levantaré vagos techos y luego los alzaré como tapas. Mis ojos os traerán los columpios. Os gobernaré con pol-

villos de santos. Sabréis adorar otros paños y la elegancia de su caída hará que acerquéis vuestros brazos».

Para terminar:

«Dejadme que nazca a la pura insumisa creación de mi nombre».

Todo esto, aparte lo extraño y aun risible de ciertas ocurrencias, responde a una actitud que tiene un nombre, nada surrealista, sino bien clásico: narcisismo. El mismo narcisismo que llevó a uno de sus discípulos, por otra parte buen poeta, Carlos Bousoño, a cantar con todo entusiasmo su propia adolescencia.

SOMBRA DEL PARAISO

«Sombra del Paraíso» es un libro de plenitud. Un libro solar, deslumbrador. Difícil será que Alexandre llegue a superar este momento cenital suyo. Al contrario, en un poema más reciente, el titulado «Como el vilano», publicado en una revista madrileña, se siente cómo, en la misma línea y con análoga carga sentimental, la marea creadora baja.

Sombra del Paraíso. Es decir, que el placer, y más exactamente el placer carnal, tema medular de esta poesía, pasa, se escapa de las manos; apenas brota y ya se ha ido; que el Paraíso, sobre la tierra, no es más que sombra. Vanidad de vanidades. Pero Salomón dice esto después de haber gozado, imperialmente. Y Vicente Alexandre—hay cierta distancia—después de haberlo *imaginado* como algo eterno.

(Un inciso: ¿Por qué, ya el mismo título del libro, con su metafísica subyacente, nos trae a la memoria «Residencia en la Tierra», tan fecunda en confesadas e inconfesadas resonancias: piénsese nada más en la serie de libros de versos que en España, en los años últimos, tienen en su portada la palabra «tierra»: «La tierra amenazada», «Voz de la Tierra», «Tierra sin nosotros», y el propio «Pasión de la Tierra»?).

Pero la poesía de Pablo Neruda es una poesía agónica, de lucha, de auténtica lucha contra todo lo que le limita y le traiciona —trágico duelo del yo con el mundo—, mientras la de Aleixandre es una brillante, nítida—nitidez, muchas veces, de níquel—explicación de vivencias tras un cristal.

Abre el libro un poema titulado: «El Poeta», que estaría mejor «Al Poeta»:

Para tí, que conoces cómo la piedra canta
y cuya delicada pupila sabe ya del peso de una montaña
[sobre un ojo dulce,
y cómo el resonante clamor de los bosques se aduerme
[un día suave en nuestras venas...

Y más adelante, en espléndidos versos:

Sí, poeta: el amor y el dolor son tu reino.
Carne mortal la tuya que, arrebatada por el espíritu,
arde en la noche o se eleva en el mediodía poderoso;
inmensa lengua profética que, lamiendo los cielos,
ilumina palabras que dan muerte a los hombres.

No hay modo de evitar las comparaciones, las referencias. Y como Vicente Aleixandre es un gran poeta, habrá que acudir, como piedra de toque, a lo más señero de la gran poesía filosófica de todos los tiempos.

Y ante todo, a Goethe. En su «Torcuato Tasso», dice Leonor de Este, refiriéndose al poeta de Sorrento:

Su oído capta el acorde de la Naturaleza;
lo que la Historia ofrece, lo que la Vida da
lo acoge su amplio seno y lo hace sangre suya.
Abraza y unifica lo disperso
y anima, con tocarlo, lo más inanimado.

Es decir, el poeta, finísima antena de las mil ondas que se en-

tre cruzan en el éter; y entrega, absoluta capacidad de vivencia y reanimación. La auténtica *Einfühlung*.

Y, ya más próximo en el tiempo, Antonio Machado. Su poema, titulado como el de Alexandre: «El Poeta», dice:

El sabe que un Dios más fuerte
con la sustancia inmortal está jugando a la muerte
cual niño bárbaro; él piensa
que ha de caer como rama que sobre las aguas flota
antes de perderse, gota
de mar, en la mar inmensa.

.....

Y supo cuánto es la vida hecha de sed y dolor.
Y fué compasivo para el ciervo y el cazador.
para el ladrón y el robado,
para el pájaro azorado,
para el sanguinario azor.

Es decir: una actitud ética; la más noble de todas las actitudes.

Alexandre, muy diferentemente, siente al poeta como a un ser de excepción, aislado, por encima de la masa de humanos, casi olímpica criatura, tocando la luna y el pelo colgante:

¿Entonces?

Si, poeta; arroja este libro que pretende encerrar en sus
[páginas un destello del sol,
y mira a la luz cara a cara, apoyada la cabeza en la roca,
mientras tus pies remotísimos sienten el beso postrero
[del poniente
y tu cabellera colgante deja estela en los astros.

Los mejores poemas de «Sombra del Paraíso» son, naturalmente, los nacidos de circunstancias muy concretas, los más anclados en la vista y oída realidad. Así «Ciudad del Paraíso», Málaga:

Siempre te ven mis ojos, ciudad de mis días marinos.
 Colgada del imponente monte, apenas detenida
 en tu vertical caída a las ondas azules,
 parece reinar bajo el cielo, sobre las aguas,
 intermedia en los aires, como si una mano dichosa
 te hubiera retenido, un momento de gloria, antes de hun-
 [dirte para siempre en las olas amantes...

Y, sobre todo, «Ultimo Amor»:

¿Quién eres, quién? Te amé naciendo.
 Para tu lumbre estoy, para tí vivo.
 Miro tu frente sosegada, excelsa.
 Abre tus ojos; dame, dame vida.
 Sorba en su llama tenebrosa el sino
 que me devora, el hambre de tus venas...

SENSUALIDAD, HEDONISMO, AMARGURA

Pedro Salinas, estudiando certera y exhaustivamente a Rubén Darío, nos explica que el «tema vital» del poeta es la sensualidad. Rubén va buscando a la mujer, a las mujeres. Para esto vino al mundo y para cantárnoslo después, como él sabe hacerlo. Poeta de la sensualidad, del contacto epidérmico, más que del amor, de uno o varios amores profundos.

Vicente Aleixandre es también un poeta de la sensualidad. Y en este sentido, le debemos reconocimiento y justicia de novedad, ya que la poesía en lengua castellana ha sido siempre poco dada al halago de los sentidos. Suena más y más veces, entre nosotros, la cuerda heroica, o metafísica, o didáctica. Y aun en poeta del amor tan extraordinario, tan impar como el propio San Juan de la Cruz, es entrega, rendición total al Amado, y no morosa delectación en los detalles. Más llama que seda; más fusión que caricia.

Volviendo al gran nicaragüense, aunque este sea su tema central, en él se viven y laten otras preocupaciones: España, Hispa-

noamérica, Francia... Y no sólo geográficas e históricas, sino bien trascendentes: la inseguridad de su propio destino de hombre sobre la tierra.

Vicente Aleixandre es más limitado y monocorde: es exclusivamente poeta del placer, de los bellos cuerpos efímeros que envuelve en la caricia del mar, de la luz, de la nube.

Pero la vida fluye, los cuerpos envejecen:

Juventud, divino tesoro,
Ya te vas para no volver.....

La actitud de Rubén Darío es más simpática, es más nuestra porque se entrega él mismo al juego, se da a la puesta diaria que es el vivir, mientras que Aleixandre se queda,—intenta quedarse—un tanto al margen, en la apostura olímpica del poeta «con los pies remotísimos en el poniente y la cabellera en los astros».

Sensualidad. Amor erótico a la forma por la pura epidermis; hedonismo. Vale lo bello en cuanto bello y deja de valer cuando la belleza viene a menos. No importa que el mundo se hunda; no importan los dolores de los demás; en él mismo no hay más dolor que el que proviene de esta fugacidad e inestabilidad de lo carnal.

Y de aquí, la amargura. La tierra no es un paraíso; el placer no dura ni puede durar más que un momento. Y entonces el poeta, el hombre, se siente solo, abandonado, penetrado de amarga sabiduría. Y como un niño pequeñito se echa a llorar, invocando al padre, a la madre, con acentos muy verdaderos y patéticos:

Madre, madre, sobre tu seno hermoso
echado tiernamente; déjame así decirte
mi secreto; mira mi lagrima
besarte; madre que todavía me sustentas,
madre cuya profunda sabiduría me sostiene ofrecido.

.....

Pero yo soy de carne todavía. Y mi vida
 es de carne, padre, padre mío. Y aquí estoy
 sólo, sobre la tierra quieta, menudo como entonces, sin
 [verte,
 derribado sobre los inmensos brazos que horriblemente
 [te imitan.

VALORACION FINAL.—LIRICA Y ETICA

Después de todo esto ¿qué se nos queda entre las manos de la poesía de Vicente Aleixandre? ¿Qué viene a representar para nosotros? ¿En qué nos ha enriquecido, si nos ha enriquecido en algo?

Ante todo: una tersura en el decir, en el bien decir, un centelleo de imágenes, aunque a veces estas imágenes nos traigan el recuerdo, más que directamente de cosas, de la naturaleza, de otras imágenes (aquello de «...ese cuerpo tallado a besos», nos suena a hijo de «los labios de fulmíneo bisel», más expresivo aún, de Cernuda).

Una nostalgia lenta, acariciadora, que nos hace sentir más hondamente las formas bellas de este mundo.

Ahora bien, ¿es esto suficiente, aún dándose a una escala máxima, para hacerlo nuestro poeta, el Poeta? Honradamente, no.

Más que la belleza por sí misma, pedimos y buscamos autenticidad, esencialidad humana. El poeta, antes que poeta, es hombre. Y queremos en él, también, valores tónicos, que eleven; no negativos, que disuelvan. Es decir, una base moral y una conciencia responsable.

El poeta lírico no tiene por qué predicar; por qué volverse moralista, desde luego. Pero se olvida con harta frecuencia que el lírico es también una criatura de este mundo, y que los anhelos, inquietudes, esperanzas o rencores que canta son humanos, de él y de los suyos (y según sea éste «suyos» más o menos abierto y hondo, tanto mayor será la resonancia de su cántico).

Y lo que da prestancia y talla a un ser humano es su postura, su compostura ética. Según es tu moral, así eres. Naturalmente que no hemos de pedir al poeta que sea un santo o un héroe, aunque tanto mejor si lo es, como no vamos a exigir de cualquiera, sin más ni más, santidad o heroísmo. Pero lo que es inadmisiblemente es el sentirse superior, desligado, aparte, por el hecho de ser poeta.

Y conste que no hablamos aquí de ética en un sentido mojigato, restringido, de colegiala. Villon, parece que alguna vez hubo de asesinar a alguien, y no por eso dejó de ser un gran poeta y un hombre simpático. Lo que salva es la capacidad de efusión, de compasión, en el sentido más etimológico del vocablo. El sentir con otros, el solidarizarse en dolores y gozos con los demás, con el prójimo, el no ser mónada cerrada, encastillada en egoísmo o soberbia.

Hasta en aquel poema en que Aleixandre canta a otros hombres, a hombres de carne y hueso, no a entes más o menos arcangélicos y perfectos, en «Hijos de los Campos», los vé desde fuera, como paisaje, con el gesto jupiterino de quien un momento se inclina a apiadarse de los mortales. Y el hecho es que Júpiter no anda ya por el mundo y menos Júpiter con tarjeta de vecindad y residencia en un chalet determinado, que conocemos todos.

Jamás esta poesía nos incita a elevarnos, a superarnos, a ser un poco más de lo que somos. Como en los dibujos de Gregorio Prieto, la vida queda reducida a unos cuantos rostros hermosos y tristes, con la añoranza de un Paraíso que no nos tienta. No creo que jamás, y menos en la hora que atraviesa el mundo, pueda ello ser el ideal de una juventud que esté a la altura de sí misma.